

XXII

Continuacion del sitio de Querétaro. — El coronel Lopez. — Rendicion de la plaza. — Maximiliano prisionero.

Los gefes del ejército imperial tenian una idea única, la de recojer dinero, mucho dinero, para poder aprovecharse de todas las eventualidades. Con este fin, no se detuvieron ante ningun medio que pudiera proporcionarselo. Nacionales y estrangeros fueron abandonados á las codicias de una soldatesca brutal y desesperada. Nadie escapó á los rigores de sus esacciones, ni los enfermos, ni los ancianos, ni las mujeres, ni los niños. Las casas fueron entregadas á un verdadero pillaje; los ciudadanos más honrables vieron á sus señoras é hijas insultadas, en su presencia; asistieron á la violacion de las partes más secretas de sus hogares domésticos, y todo esto se hizo en nombre de un príncipe que pretendia haber adoptado por lema: *la Equidad en la Justicia*.

Sólo me contentaré con citar algunos hechos, por que imposible me sería de decirlo todo.

A los súbditos españoles D. Luis Mutuvarria y D. Angel de la Peña, que actuaba de cónsul, les habian fracturado las puertas de sus depósitos, de donde se estrageron 8,000 fanegas de maíz, sin permitir á sus dueños que se reservasen la menor cantidad para su alimentacion. Despues, se los estuvo exigiendo dinero y efectos, previo arresto, que sufrieron hasta entregarlos. Una casa de Peña fué destruida para utilizar las maderas, y la que le servia de habitacion fué cateada cinco veces y extraidos de ella cargamentos enteros de efectos, que como comerciante tenia en depósito. Además, se le obligó á entregar las llaves de una tienda que no le pertenecia, y de cuyas mercancías los imperiales se apoderaron y vendieron á vil precio. Las pérdidas de Mutuvarria

ascendieron á más de 51,000 pesos y las de Peña ne fueron ménos considerables.

A. D. Juan Llata, le impusieron esacciones por más de 6,000 pesos, que no pudo satisfacer, sino despues de haber sido espuesto durante 48 horas á las balas de los sitiadores, en una trinchera situada al pié del convento de la Cruz, y de haberlo encerrado en el estrecho tugurio de una escalera, sin permitirle comer ni beber, hasta que varios de sus amigos y su hijo, pudieron reunir aquella suma y entregarla. Esto no era bastante; apenas puesto en libertad, lo persiguieron con tal ahinco, que lo precisaron á esconderse por espacio de 25 dias, en el hueco de una sepultura.

Al Canónigo D. Pedro Ladron de Guevara, hombre respetable de 53 años de edad, lo tuvieron en prision 4 dias para obligarlo á entregar 100 pesos.

D. Guadalupe Barragan, de opinion liberal, experimentó como padre, el martirio de que una de sus jóvenes hijas fuese aprehendida y encarcelada en un cuarto inmundo sin luz ni ventilacion, y sin permitirle alimento, hasta que el padre, que se hallaba oculto, temiendo los desafueros de los soldados, lo supo y pudo presentarse á pagar el dinero que se le pedia. Esto, no obstante, fué llevado á la trinchera, bajo la órden espresa de ser colocado en ella, de modo que las mismas balas de los sitiadores lo matasen.

La Sra Da Guadalupe Cosio de Valdés, viuda muy considerada por sus virtudes, hubo tambien de pagar su tributo á la barbarie. Despues de haberla quitado cerca de 5,000 pesos en dinero, la despojaron de 600 fanegas de maíz y algunas de trigo; y porque no podia ni debia delatar á sus hermanos y á un sobrino, que se habian escondido para librarse de esacciones que no podian satisfacer, se la arrancó del seno de su familia, y se la mantuvo siete dias en prision.

El súbdito español D. Joaquin de la Borbolla, que resistia al robo de los imperiales, fué aprisionado en dos ocasiones; una, en las caballerizas del convento de la Cruz, y otra en un cuartel.

D. Luis Saldívar, de 64 años de edad, imposibilitado de hacer los frecuentes pagos que se le asignaban, tambien estuvo preso más de una semana, y colocado por espacio de

24 horas en la trinchera mas avanzada que los sitiados tenian en la línea de S. Sebastian,

En la misma trinchera, y en posicion de recibir la muerte, se colocó á D. Santiago Carmona, honrado artesano, que no tenia la menor facilidad de adquirir los 90 pesos que se le impusieron como subsidio.

Idénticas ó semejantes torturas á las de las víctimas anteriores, sufrieron D. Gregorio Juarez y D. Pedro Castera, quien, apremiado para que exhibiese 121 pesos que se exigian á un tio suyo, fué llevado á la trinchera de S. Francisquito, en la cual le obligaban á tomar un fusil para que batiese á sus correligionarios. Resistiéndose á esto, en la noche lo colocaron sobre el parapeto con una tea en la mano, llamando la atencion de los sitiadores, á quienes se provocaba para que descargasen sobre el desgraciado jóven.

Aprehendido por iguales causas, D. José Montfort, originario de Suiza, y mantenido en el punto más peligroso, cayó gravemente enfermo, circunstancia que no atenuó el rigor de sus verdugos.

D. Benito Bustamente, de 60 años de edad, vió fracturadas las puertas de su hogar, en donde no hallando dinero, le robaron alhajas y ropa por valor de 2,000 pesos, despues de golpearlo rudamente. Pocos momentos despues cayó enfermo de pulmonia, y en ese estado y por no poder entregar algun maíz que no tenia, le condujeron preso ante uno de los gefes, que mandó lo pasasen por las armas. En fuerza de las más sentidas súplicas, se le comutó la pena, enviándolo por 5 días á que sirviese de blanco en un parapeto.

Nunca acabaría si quisiera contar uno despues de otro los tormentos que se impusieron á los víctimas cuyos nombres fueron recojidos despues de la caída del imperio, y unidos á los procesos instruidos contra los generales y gefes traducidos en esta época ante los consejos de guerra.

Por lo tanto voy á resumirme. Todos estos crímenes procedentes del pillaje, de la arrestacion sin motivos, del plagio, de la privacion de alimentos, de la exposicion de los pretendidos culpables en las trincheras más peligrosas, se han cometido durante la permanencia de Maximiliano en Querétaro : ¿ qué digo ? — en virtud de una ley que llevaba

su firma, la del S. García Aguirre y la del general Castillo. Desde entonces, se hacia imposible que no tuviera conocimiento de ellos. Estos crímenes eran aun tan numerosos que igualan, si no los sobrepujan, todos los que se han cometido en el país entero, desde la proclamacion de la independencia.

En las listas que no quize publicar enteras, á fin de no cansar á los lectores con la repeticion multiplicada de las mismas infamias, se hallan los nombres de diez señoras las cuales, sin piedad por su edad, su situacion y la delicadeza de su sexo, fueron todas tratadas con la misma brutalidad por los partidarios del hombre que sus aduladores han apellidado el Magnifico.

En fin, para dar una idea muy incompleta sin duda, de lo que los habitantes de Querétaro tuvieron que sufrir en sus personas é intereses, me bastará decir que, sobre 41 individuos cuyos nombres se hallan en mis manos, la cifra de los robos cometidos á su perjuicio con las circunstancias agravantes de las cuales hablé más arriba, asciende á la suma de 253,435 pesos.

Esta situacion duraba desde 70 dias y, en una ciudad enteramente sometida á la influencia del clero, amenazaba de eternizarse, cuando un acontecimiento imprevisto vino á acelerar el desenlace y poner un término al régimen imperial.

Quiero hablar de la captura de Maximiliano y de las circunstancias que la han causado. Esta cuestion es grave, muy grave, y no puedo resolverla ni en un sentido ni en otro. En efecto, se trata de saber si hubo traicion, ó si el ataque del 15 de Mayo fué meramente la consecuencia de un paso intentado por el mismo Maximiliano, en un momento de lasitud facil de compender y que tenia por motivo el abrirle un camino hácia el mar á fin de abandonar definitivamente al país. Busqué, mas en vano, indicios ciertos cerca de las personas que debian saber la verdad, no he aprendido nada fuera de lo que ya se ha dicho. No he hallado ni un solo documento que podria servirme de guía al traves de esta noche de la cual el tiempo podra solo disipar las tinieblas. No hay mas que rumores, presunciones, y estas últimas varian necesariamente en razon de los intereses y de la con-

ducta que siguió en el pasado la persona que se interroga.

Me contentaré pues con reproducir el histórico de esta noche del 14 al 15 de Mayo de 1867, según la versión de una persona que pudo por su posición saber muchas cosas, del S. D. Juan de Dios Arias, entonces agregado al estado mayor del general Escobedo, y, ahora, jefe de oficina en el ministerio de relaciones. La publicaré entera porque muy pocos la conocen en Europa, y después de haberla comparado con las relaciones publicadas sobre el mismo objeto por los partidarios del imperio, cada uno podrá, cuando menos, razonar su opinión. Hé aquí como se espresa :

« El archiduque había pedido un parte sobre la situación á los generales Castillo, Mejía y Miramon. En este documento que le remitieron el 14 de Mayo en la mañana, los tres firmantes comenzaban por alabarze á sí mismos; después acusaban al general Marquez de impericia y de traición y reconocían en fin que ya la plaza no podía defenderse más. Pero, en vez de aconsejar una capitulación honrosa de la cual la abdicación del príncipe debía ser la consecuencia natural; le inducían, por el contrario, á atacar á los liberales con 5,000 hombres que le quedaban, y, en caso de derrota, á evacuar la ciudad después de haber inutilizado la artillería, á fin de continuar en campo raso la guerra de partidarios.

» El archiduque, engañado hasta entonces por las promesas mentirosas de sus ministros, generales y consejeros, se había negado á partir en la esperanza de probar á la Europa que podía mantener el imperio, sin necesitar por eso del auxilio de un ejército francés. Este informe le abrió completamente los ojos. Reconoció, pero muy tarde, que se sacrificaba inutilmente por unos hombres comprometidos al primer grado por su conducta anterior, y que lo sacrificaban á él para poder salvarse tras de su nombre, pero que lo abandonarían infaliblemente cuando creyeran poder hacerlo fructuosamente. Esta descubierta fué por el un rayo de luz. Juzgó que haría bien de salvar su persona, abandonando á su suerte á estos tristes consejeros, y para entablar esta negociacion enteramente de confianza, echó los ojos sobre uno de sus familiares, el coronel D. Miguel Lopez.

» Este coronel era mal visto de la mayor parte de los generales y de sus colegas que envidiaban su situación cerca del archiduque. Este pensó que este odio era un título á sus ojos. En consecuencia le confió la misión de irse cerca del general Escobedo para obtener de él la concesion de permitirle (á Maximiliano) la salida de la plaza

con un solo escuadron, bajo la promesa solemne de que este le serviría tan solo como escolta hasta llegar á un punto de la costa, donde poder embarcarse, y no volver jamás á la República.

» Esta intempestiva resolucion descubrió á Lopez, que ya sospechaba la situacion, todas sus sombrías proporciones; y como se concibe, presentó á su imaginacion el negro cuadro del desorden consiguiente á la fuga del príncipe: la desesperacion de un ejército desnudo, hambriento y abandonado en manos de enemigos intrasigentes y los torrentes de sangre que debían derramarse inútilmente tras semejante evasion.

» La ferocidad atribuida por los monarquicos á los republicanos, presentaba á sus ojos la ciudad entregada en los primeros momentos á todos los horrores y violencias de un ejército sin disciplina, sediente de venganza, y creyó que había llejado la última hora de Querétaro.

» En la noche del 14, Lopez, sirviéndose de un agente secreto, obtuvo del general Escobedo permiso de pasar á cumplir su delicada misión. Llegó en efecto á la tienda del general republicano, quien, habiendo desechado de algunos oficiales estrangeros las proposiciones que le hacían para entregarle la plaza, cuya toma no quería deberla á un acto de traición (1), no pudo menos de sorprenderse y de interrogar á Lopez sobre la verdadera situación de la plaza.

» Este agente de Maximiliano, que había visto la desmoralizacion de la tropa sitiada; que sabía las defecciones y conatos de algunos gefes para entregarla, y que se hallaba instruido del descabellado proyecto de romper la línea con tan malos elementos, no pudo menos de confesar la posición angustiada de los imperiales; ¿ni cómo podía ocultarla, cuando las proposiciones que llevaba él mismo, le había ya descubierto al general Escobedo la verdad entera de cuanto pasaba en la ciudad?

» El general Escobedo tenía repetidas, espresas y terminantes órdenes de no hacer capitulacion alguna, pero ni la más leve concesion, pues el gobierno había ya previsto el inevitable desenlace, y había querido que allí sucumbiesen de una sola vez todos los cabecillas más temibles, todos los criminales que habían alterado constantemente la paz pública.

» Escobedo, que se había hecho tipo de subordinacion militar,

(1) Entre las cartas de que se trata, había una de un antiguo sargento francés llamado Mathis de Dalmstadt. Este Mathis pretendía que Maximiliano les había engañados, y pedía al general Escobedo pasar en sus líneas con 30 hombres, todos franceses, para obtener después el favor de poder volver á Francia.

cumplió su severa consigna, negándose absolutamente á obsequiar el deseo de Maximiliano. Entónces Lopez, que no habia pedido garantías para sí mismo ni las pidió despues, se afaná hasta la terquedad, hasta la angustia, para que Escobedo ofreciera siquiera una garantía vaga en favor de Maximiliano, que habia librado en él su confianza. Figurándose á sus compañeros de armas espantados con la desaparición del gefe imperial, y sacrificándose ya estérilmente sin guía y sin bandera, se esforzaba en persuadir á Escobedo para que aceptase un partido, en obvio de nuevas desgracias. Decidido el Archiduque á no combatir más, la resistencia tenia que ser débil y la agresion de los imperiales infructuosa.

» Lopez creyó, y con razon, que una sola gota de sangre que se derramase, estaba por demas; y tal creencia estaba muy léjos de infundirle aliento ni valor. Escobedo lo habia negado todo, porque no le era permitido conceder nada, y Lopez, combatido por mil encontrados sentimientos y con la lasitud de quien pierde una última esperanza, volvió cerca de Maximiliano con la terrible negativa.

» Nadie ha sabido lo que al recibirla pasó en el espíritu del príncipe, que la oyó con aparente calma y no dió señales de actividad. Quizá esperaba una hora más oportuna, pero no manifestó empeño en organizar nada nuevo, ni en la ejecucion del plan de sus generales.

» Por su parte el general Escobedo, desde que acabó la entrevista con Lopez, entró en la mayor actividad; preveia que Maximiliano quisiese intentar su evasion, y que para intentarla debia librar un nuevo ataque, que desde luego creyó necesario desconcertar, tomando la iniciativa.

» El momento no podia ser más favorable. La cansada tropa de Maximiliano, estenuada por la incesante fatiga; por el desvelo y por el hambre, debia, para prepararse á la salida, estar tomando algun descanso; y bien persuadida ya de que los sitiadores se limitaban á reducir la plaza por el agotamiento de víveres, no temeria un verdadero asalto. Por otra parte, Lopez, el mismo agente de Maximiliano, que mandaba la posicion del convento de la Cruz, tenia en su corazon el desengaño, y por mucho que se esforzara para resistir, no podia menos de estar desalentado con la resolucion del príncipe, que sin tentar una capitulacion,—imposible, esto era cierto, pero no se dubaba de ello en el momento en que habia enviado á su emisario cerca de Escobedo,—ú otro medio honroso, como era él de romper la línea del sitio, habia pensado tan solo á su salvacion personal, sin cuidarse de la suerte que pudieran correr todos aquellos que le habian defendido con tanto valor y abnegacion.

» Ademas, como la guarnición de la Cruz tenia que ser débil por

hallarse disminuida la fuerza del enemigo y estar diseminada en la estensa línea en que hacia su defensa, bastaba un esfuerzo para verificar un asalto, sin que costase trabajo reconocer la actitud de los sitiados por aquel rumbo, en razon de que las fuerzas republicanas podian observarla en algunos puntos, á la cortísima distancia de diez ó doce metros, pues que solo mediaría entre unos y otros el ancho de una calle.

» Serían las once de la misma noche del 14, cuando el general Escobedo tenia ya dictadas todas sus disposiciones para apoderarse del convento de la Cruz, y para que todo el ejército diese en la madrugada un asalto general.

» Al C. general Francisco A. Velez, cuyas dotes militares, así como su patriotismo y los buenos servicios que habia prestado á la causa de la República, lo habian hecho acreedor á la general estima de sus compañeros de armas, fué á quien se le encomendó la delicada empresa de la toma de la Cruz, para cuyo fin se pusieron á sus órdenes, los distinguidos Batallones «*Supremos Poderes*» y «*Nuevo-Leon*.» Velez organizó su fuerza, y la situó de modo que ne fuese sentida por el enemigo, y como los accidentes del terreno, los materiales y los escambros, no ofrecian á la tropa en la oscuridad de la noche un camino conocido para adelantarse al asalto, el mismo Velez seguido del general Feliciano Chevarria, de los jóvenes coroneles José Rincon y Agustin Lozano, de otros dos ó tres gefes más, dispuso avanzar con el mayor sigilo en busca de un camino practicable. En silencioso paso pudieron llegar sin obstáculo hasta una tronera inútil, en que un cansado centinela fué sorprendido, sin que pudiera evitarlo.

» El incidente no podia ser más oportuno y favorable: Velez hizo avanzar al teniente coronel Margain y al coronel Llepés con sus batallones, y al comandante general de artillería Francisco Paz, para cubrir la huerta del convento que casi estaba ya en su poder. Miétras se aproximaban, se adelantó Velez con sus compañeros, practicando el reconocimiento de la huerta con la misma precaucion y sigilo.

» El coronel Lopez que la vigilaba, reconociéndola, se halló repentinamente con el grupo de estos gefes, que en el acto lo amenazaron de muerte si hacia el menor movimiento. Velez con la pistola preparada y apuntándole á la cabeza, obligó al sorprendido coronel á que les condujese por camino seguro al interior del convento. La cuestion era de momentos: toda resistencia se hacia inútil, y Lopez atormentado con la idea de que Maximiliano iba á caer prisionero, parece que quizo ceder á cuanto se le exigia, con el exclusivo objeto de darse alguna traza para avisar á Maximiliano del inminente peligro en que se hallaba.

» Entregados á profundo sueño los defensores de la Cruz, y el príncipe mismo, y sorprendidas así sucesivamente las guarniciones de los diversos puntos fortificados del convento, que con rapidez ocurrieron á ocupar las fuerzas destinadas al efecto, Lopez pudo aprovechar un instante, merced á las atenciones que iban multiplicándose y distraiendo á los gefes, para hacer llegar á Maximiliano la noticia de su inmediato peligro. Esta noticia le llegó á tiempo de poder organizar alguna defensa, pues contaba todavía, cuando ménos, con un batallon de confianza que dormía en el mismo claustro en que se alojaba; pero él y sus generales debieron desmoralizarse mucho, porque despues de perder un tiempo en que pudieron caer prisioneros, salieron al fin en medio de la confusion que ya era general, logrando pasar á título de paisanos y pié á tierra sin saber adonde dirigirse.

» Lopez, que habia dado su palabra de prisionero, que ponía todo su empeño en que no se derramase más sangre y que se apercibió de la circunstancia favorable á Maximiliano de no ser conocido de los asaltantes, le proporcionó un caballo para que apresurase su marcha y se salvase.

» El archiduque que no sabia que discurrir ó que hacer, y que quizá esperaba alguna circunstancia favorable á su defensa, vaciló algunos instantes, y al fin montó en el caballo que se le ofrecía, ordenando todavía á Lopez, á quien suponía libre, que las tropas que no hubiesen caído prisioneras, marchasen violentamente al cerro de las Campanas, para donde se dirigió rapidamente.

» Posesionado Velez del convento de la Cruz, las fuerzas de asalto aumentadas ya con las reservas, penetraron sin mayor dificultad á la plaza y al convento de San Francisco, cuyas campanas repicaron en señal de triunfo.

» Habia llegado la hora en que todas las fuerzas sitiadoras, desprendiéndose de sus líneas, avanzaran para el asalto, y avanzaron en efecto para un choque terrible. Pero los defensores del perímetro fortificado de la plaza, entre quienes habia comenzado á correr la noticia de que los republicanos habian penetrado en ella y tomádoles la retaguardia, abandonaron sucesivamente sus puntos, para resplegarse al centro de la ciudad.

» D. Miguel Miramon, sorprendido por el estruendo de las armas, habia salido de su habitacion y se dirigia á la plaza principal, cuando en la de San Francisco se encontró con los asaltantes, á quienes disputó el paso, batiéndose personalmente, hasta que una bala de pistola le hirió la cara, y se retiró en busca de un facultativo que lo curase inmediatamente. Allí, por casualidad, fué descubierto y reducido á prisionero.

» Las avenidas estaban cubiertas por los republicanos, y los batallones imperiales, que penetraban en las calles, al verse rodeados de sus enemigos, ó se desbandaban ó caian prisioneros. Algunos de ellos instintivamente se dirijieron al cerro de las campanas, donde Maximiliano, advirtiendo por todas partes el desorden consiguiente á su derrota, ya nada le era posible disponer. Veía en su derredor, grupos desconcertados de tropa, que no podian formalizar una resistencia contra las columnas sitiadoras, que avanzaban á paso veloz estrechando el cerro con un círculo de hierro y de fuego.

» Maximiliano se convenció de que todo habia terminado: enarboló una bandera blanca: dió la orden de que cesaran los fuegos; hizo tocar parlamento, y envió á dos ó tres de sus ayudantes en busca del general en jefe del ejército vencedor, para avisarle de su rendicion.

» Los parlamentarios, en sus respectivas direcciones, encontraron á los generales Ramon Corona y Aureliano Rivera, quines, instruidos de lo que se trataba, tambien mandaron suspender sus fuegos, y dar aviso al general Escobedo, que se hallaba recorriendo la estensa línea de ataque.

» Antes de que este pudiese llegar, una fuerza imperialista, situada al pié del cerro, se desprendió en actitud de paz, hácia el punto en que se hallaba Corona, y uno de los oficiales que la mandaba, se acercó para decirle que Maximiliano tenia deseo de hablar con él.

» Corona acompañado del general Cortina y de su estado-mayor accediendo á la indicacion del oficial, acudió al sitio en que el archiduque le esperaba. Desde luego Maximiliano le manifestó, que ya no era Emperador, cuyo título habia abdicado ante su consejo de gobierno en Méjico.

» Corona le contestó sin aspereza, diciéndole que esa cuestion no podia tratarse por él en aquellos momentos, pero le aseguró que tanto el mismo Maximiliano como los individuos que lo rodeaban, tendrian las garantías suficientes para no ser molestados, esperando á que llegara el general en jefe.

» Pocos momentos despues, el general Escobedo se presentó seguido de su estado-mayor. Maximiliano se habia adelantado á recibirlo, y tras un saludo grave, pero cortés, le indicó que deseaba hablarle en reserva. Escobedo se separó de su séquito para oír á Maximiliano.

» El asunto era grave. Maximiliano hacia la misma propuesta que habia llevado Lopez. « ¿Me permitirá V., dijo, que custodiado por una escolta, marche yo hasta un punto de la costa donde pueda embarcarme para Europá, con la protesta que hago, bajo mi palabra de honor, de no volver á Méjico? »

» Escobedo le contestó lacónicamente : No me es permitido conceder lo que V. pide.

» Entonces Maximiliano replicó : « Puesto que así es, yo espero que V. no permitirá que se me ultraje, y que se me tratará con las consideraciones debidas á un prisionero de guerra. »

» Eso es V. mio, le respondió Escobedo. » Entonces el príncipe desciñéndose la espada, se la presentó, y el general hizo que la recibiese el jefe de su estado mayor.

» Los generales de Maximiliano se dieron por rendidos, y despues de un corto tiempo que transcurrió en dictar diversas órdenes, el general en jefe seguido de sus prisioneros, se dirigió á la ciudad, con objeto de evitar desórdenes, caso que ocurrieran. En el tránsito encontró al general Riva Palacios, á quien encomendó que condujese á los prisioneros en seguridad al convento de la Cruz, donde quedarían bajo rigurosa custodia (1). »

Muy grande por cierto es la diferencia que existe entre esta narracion y lo que se ha publicado hasta el día respecto á la toma de Querétaro; pero, esta diferencia es independiente de mi voluntad. Refiero los hechos de la misma manera que los ha divulgado en Méjico un testigo ocular, en presencia de los actores de este drama, que no los han desmentido, y no preparo los elementos de una leyenda de la cual se haria imposible más tarde despegar la verdad para dar á cada uno la parte que le corresponde en la catástrofe final.

Pero, vamos más adelante. Tomemos á la ventura una de las numerosas memorias publicadas desde dos años sobre la misma cuestion, la de M. d'Héricault, por ejemplo, y veamos lo que contiene.

En esta obra escrita bajo la impresion de un sentimiento que respeto sin participar de él, el autor, despues de haber reconocido, p. 147, que el ejército imperial contaba en Querétaro con 120 soldados por cada coronel y con 300 por cada general, lo que, en su parecer, *era poco*, continua del modo que sigue.

« Los habitantes pensaron que esto *era mucho*. En efecto, comenzaban á comprender que á ellos sería á quienes tocara de alimentar

(1) *Reseña historica de la formacion del ejército del Norte y del sitio de Querétaro, por el C. D. Juan de Dios Arias, p. 224 á 233.*

á estos valientes, tan bien mandados. El entusiasmo se hizo *descrip-
tible*, hasta el momento en que cayó ante la hambre. »

Luego, parecia natural que explicara de que manera se habia logrado mantenerlos. Sin embargo no dice ni una palabra de los decretos promulgados en el mes de Abril por Maximiliano para asegurar la existencia de su pequeño ejército; ni de las numerosas esacciones que de él fueron la consecuencia, ni de los medios atroces empleados contra los contribuyentes, exponiéndoles en las trincheras á las balas de los sitiadores.

Y no obstante, estos decretos eran públicos; estas esacciones eran patentes; los tormentos de la poblacion eran los resultados del sitio, y las quejas de las víctimas llegaron más de una vez á los oidos de Maximiliano.

Más léjos, p. 182, habla de un consejo de guerra verificado el 13, y en el cual se habia decidido, segun lo que dice, hacer una salida en el día siguiente; pero no dice nada del parte de los generales Castillo, Mejía y Miramon, y sin la toma de Querétaro, es muy probable que jamás hubieramos tenido conocimiento de él.

¡En hora buena! se habia reunido un consejo, y se habia decidido en él hacer el 14 en la mañana un ataque general que no pudo verificarse en este día y fué dilatado hasta el día siguiente.

« Si la victoria se hacia incompleta, dice respecto á esto M. d'Héricault, se habrian cuando ménos rotó las líneas enemigas y el ejército se hubiera retirado á la sierra Gorda, *para tomar consejo de las circunstancias y de aquí ganar el mar ó Méjico.*

» Si, como todo la hacia suponer, se rechazaba al enemigo, el ejército hubiera marchado hácia el Estado de Nuevo-Leon, y aquí, *en el centro de Méjico*, se hubiera reunido este famoso congreso del cual la idea agradaba tanto á Maximiliano. »

Estas pocas líneas contienen tantos errores como palabras. Primero, el Estado de Nuevo Leon, situado en la frontera N. E. de Méjico, no podia ser un punto central. Si pues se queria ir al centro, hubiera necesitado tomar el camino de Méjico y no la vía de Monterey. En segundo lugar, si no es cosa imposible para algunos ginetes bien montados, sacri-

ficando mucha gente en otro punto á fin de ocultar mejor su designo, el abrirse un pasaje en medio de unas bandas mal armadas y sin disciplina, no sucede lo mismo con una tropa de 5,000 hombres, sobre todo cuando esta tropa se halla en la obligacion de salir poco á poco de una ciudad, y no puede desplegar, sino muy dificilmente los recursos de que dispone.

En vez de cazar á los liberales delante de ella, se hubiera podido apostar ciento contra uno que ella misma sería rechazada en la ciudad, y como se hacia imposible aventurar una salida general y defender en mismo tiempo las fortificaciones, es muy probable que ántes de volver á sus posiciones los sitiadores la hubieran tomado de retaguardia.

M. d'Héricault ha prevenido la objecion. Si teniamos que creerlo, el ataque proyectado para el 14 se hubiera remitido al 15 para armar al pueblo quien, en número de 4,000, se hubiera presentado para ocupar los puestos fortificados mientras el ejército regular hubiera efectuado su salida, y le parece que esta garantía no dejaba nada que desear.

Le concederé, si lo tiene á bien, esta satisfaccion que, sin embargo, me parece imposible, pero ¿qué hubiera sucedido despues? — Maximiliano, vencedor en Querétaro, se habria encontrado en una situacion idéntica á aquella en que se hallaba ántes de salir de Méjico, y su idea de congreso no habria por este ganado ni una sola pulgada de terreno.

Los generales de Maximiliano mejor interados de lo que pasaba que M. d'Héricault no pensaban así. En su informe del 14, no hablaban de armar al pueblo, prueba evidente de que jamás se habia tratado de esto; mas, despues de haber reconocido la imposibilidad de prolongar por más tiempo la defenza de la plaza, echaban sobre Marquez toda la responsabilidad de las desgracias del momento y concluian así:

« En tan dura estremidad, los que suscriben creen cumplir con un deber de conciencia y de soldados, diciendo á V. M. que su alto carácter de soberano, así como nuestra calidad de generales, nos impone un último deber, que será tambien un costoso y heroico sacrificio.

» Atacar desde luego al enemigo hasta derrotarlo completamente, venciéndolo en todos los puntos de su línea: si las tropas imperiales fueran rechazadas en este ataque, evacuar inmediatamente la plaza, inutilizando primero la artillería y todos los trenes, y rompiendo despues el sitio á todo trance, único medio de salvar de la barbarie del enemigo al mayor número de soldados del ejército imperial. »

Hacer una brecha á todo trance en las filas de los sitiadores, y recuperar en campo raso una cierta libertad de accion, esto era muy fácil á decir pero no á ejecutar: y despues? — Aun al admitir, lo que no era cierto, que lograrse Maximiliano abrirse así un pasaje, preciso era para él resolverse á deponer la purpura para vestir la casaca del aventurero; á continuar dia por dia una guerra sin tregua ni merced en estas soledades inmensas donde se falta á veces de lo indispensable y de lo necesario siempre; á pasar su vida siempre errante y siempre perseguido; á caer, en fin, en las manos de sus enemigos, ó bien, si tenia la suerte de escaparles, á morir oscuramente en cualquier ricon de una enfermedad causada por este genero de vida. La perspectiva no tenia por cierto nada de agradable para un hijo de la casa de Austria. El archiduque tubo que pensar más de una vez en élla mientras duraba el sitio, y esto es lo que podria, hasta cierto punto, explicar, sino justificar, la mision de Lopez al campamento de Escobedo.

Si pues hubo traicion, lo que nadie ha establecido todavia de una manera positiva, muy difícil sería admitir que este acto haya sido el acto de un hombre aislado. No se comprendria en efecto que, en una guarnicion entregada así por un simple coronel, no se haya encontrado un solo oficial que haya tenido el valor de resistir, de protestar á la cabeza de los suyos, haciendose matar, si esto se necesitaba, para cumplir con su deber. M. d'Héricault pretende, p. 183 y 184, que se debia hacer una salida general el 15 en la mañana, y que, á las 2, *no se esperaba mas que la orden de ponerse en movimiento*. Esto puede ser muy bello en una leyenda, pero la verdad concuerda poco con este escenario teatral. Todos, por el contrario, dormian, y si se exceptua al general Miramon, todos; sin distincion, se han inclinado tambien ante

la fatalidad que los entregaba á sus enemigos. Debemos concluir de esto, hasta que seamos mejor informados, que despues de haber vivido por tanto tiempo en el país de las quimeras, el archiduque acabó por ser la víctima de sus desengaños y del desaliento de aquellos que lo rodeaban.

XXIII

Intervencion de los Estados-Unidos en favor de Maximiliano.

El general Escobedo, contra quien se ha gritado tanto, tenia en sus manos la vida de Maximiliano y la de sus numerosos cómplices. No necesitaba mas que identificar las personas de ellos y mandarlos pasar por las armas; y, al hacerlo así, nadie, por cierto, hubiera podido levantar la voz para dirigirle reproche alguno por haber aplicado al autor y á los ejecutores del decreto infame del 3 de Octubre de 1865, la ley que habian promulgado ellos mismos, y de la cual se habian servido para organizar el terror en el territorio de la República, desde la frontera americana hasta las extremidades del Sur; desde el golfo de Méjico hasta las riberas del Pacífico.

Pero, este general no era instrumento ciego, sino ejecutor circunspecto de la ley. Sabia perfectamente que la captura del príncipe produciria una sensacion inmensa en el antiguo como en el nuevo mundo; que el presente y la posteridad tenian los ojos fijados en él; y para no dejar pretextos á la malevolencia, puso á todos sus prisioneros á disposicion del gobierno.

Las órdenes de este no se hicieron esperar. Decian que Maximiliano, Mejía y Miramon serian juzgados conforme á la ley del 25 de Enero de 1862; pero, ántes de dar á conocer los pormenores de su proceso, nos es necesario volver á tras, y explicarnos respecto á los pasos tentados en favor suyo por el gobierno de los Estados-Unidos.

En 6 de Abril de 1867, el conde Widenbruck, ministro del gobierno austriaco en Washington, habia dirigido á M. Seward un memorandum concebido en estos términos: